

Julio 24, 2000 (ED)

RECORDANDO LA BATALLA DE GETTYSBURG Y EL INMORTAL MENSAJE QUE GENERÓ

Por Agustín Saavedra Weise

En estos días de julio, vale la pena recordar un hecho histórico acaecido hace 137 años y su todavía más histórica derivación que tuvo lugar varios meses después.

Entre el 1º y el 3 de julio de 1863 se libró una encarnizada batalla en los Estados Unidos de América, durante el dramático período de la guerra civil que asoló a ese gran país. El lugar que le dio nombre al combate fue Gettysburg, una tranquila ciudad del Estado de Pennsylvania. Hacia allí se dirigió el grueso del ejército secesionista de la Confederación del Sur al mando del Gral. Robert Lee, formado por 75.000 hombres. Durante dos espantosos días, la suerte de la gigantesca lucha fue indecisa. Finalmente se impuso la abrumadora superioridad de medios logísticos, económicos, humanos y materiales que caracterizaba al Norte industrializado frente al Sur separatista que si bien ostentaba brillantes estrategias, era una región de naturaleza agraria, feudal y esclavista. Lee -en elegante retirada y después de perder casi 30.000 soldados- inició el 5 de julio su marcha hacia el río Potomac. Una vez que lo cruzó, a partir de ese momento la suerte de la Confederación estaba echada: los rebeldes habían llegado al punto máximo de su pretendido objetivo de ocupar Washington D.C., capital de la Unión. Desde allí todo fue hacia atrás, hacia "Dixieland", hacia el extremo Sur y hacia el desastre. Pese a la notable diferencia cualitativa en lo estratégico y en lo táctico, que favorecía casi netamente a los talentosos generales sureños frente a sus mediocres contrapartes unionistas, la potencia económica y los mayores recursos del Norte definieron la fratricida contienda un par de años después (Appomatox, abril de 1865).

En el enfrentamiento de Gettysburg murieron decenas de miles de tropas por ambos bandos. Las cifras oficiales superaron las 50.000 víctimas. Pasados varios meses, se decidió consagrar el campo de batalla a los muertos caídos en ella. Con tal motivo, se planificó un conjunto de festividades y discursos, con masiva asistencia pública. Para dar la pieza oratoria central fue designado el señor Edward Everett, famoso en la época por su elocuencia. Al Presidente Abraham Lincoln se le concedió el papel meramente formal de cerrar el acto. Los organizadores descartaron de antemano cualquier importancia que podría tener el mensaje de Lincoln, ya que consideraron fundamental la oratoria del enérgico y hábil Everett para atraer la atención de la concurrencia. El mandatario simplemente cerraría el acto con unas cuantas frases de circunstancia, olvidadas (así

suponían de antemano) casi al instante de ser escuchadas. Eso pensaban los promotores del evento, máxime sabiendo todos que Lincoln no se caracterizaba precisamente por su capacidad oratoria.

El discurso de Everett duró dos horas y nadie recuerda hoy lo que dijo. Lincoln habló solamente dos minutos, pero sus expresiones han quedado para siempre grabadas en la mente de sus conciudadanos y se proyectaron al mundo entero. Estas fueron las palabras del Presidente de los Estados Unidos, pronunciadas el 19 de noviembre de 1863:

"Ochenta y siete años ha nuestros padres dieron a la luz en esta tierra una nueva nación, concebida en la libertad, y dedicada a la proposición de que todos los hombres son creados en igualdad. Hoy estamos comprometidos en una gran guerra civil, probando si nuestra nación, o si cualquier otra nación así concebida y a tal fin dedicada, puede subsistir por largo tiempo. Nos hemos reunido en un gran campo de batalla de esta guerra. Hemos venido a dedicar una porción de ese campo como postrer lugar de descanso para quienes dieron aquí sus vidas a fin de que la nación viviera. Es de todo punto adecuado y correcto que hiciéramos esto. Pero, en más amplio sentido, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar esta tierra. Los esforzados hombres que aquí bregaron la han consagrado ya muy por encima de nuestra pobre facultad de agregar o sustraer. Poco reparará el mundo ni recordará por largo tiempo, lo que decimos nosotros aquí, pero no podrá olvidar jamás, cuánto ellos hicieron aquí. Es deber de nosotros los vivos, dedicarnos al inconcluso trabajo que aquéllos que aquí lucharon tan hidalgamente, así han adelantado. Es nuestro deber dedicarnos aquí a la enorme tarea que queda frente a nosotros, para que tomemos de estos muertos honrados, creciente devoción a la causa por la que ellos hicieron el postrero y máximo esfuerzo de su devoción, porque aquí resolvamos solemnemente que estos muertos no han dado su vida en vano, porque esta nación, protegida de Dios, tenga nuevo nacimiento de libertad, y para que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no perezca en la tierra."

Lincoln, tomando viejos escritos y pensamientos, presentó ante el mundo la definición indirecta de la democracia más aguda y clara que ha surgido hasta nuestros tiempos: *"El gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo"*. Este es el mensaje emotivo e inmortal de Gettysburg, pronunciado en momentos de terrible angustia para los EE.UU durante una guerra entre hermanos.

Dos minutos bastaron. Ojalá muchos compatriotas de Lincoln, políticos en todas las latitudes (incluyendo Bolivia) y personalidades que tienen que tratar con el público,

comprendan una vez más la sabiduría del viejo adagio: "lo bueno, si breve, dos veces bueno".

Dudo mucho que el siempre presente discurso de Lincoln hubiera sido tan recordado hasta hoy, de haberse extendido los 120 minutos de su antecesor...

-----00000-----